

ELVIRA LINDO

El otro barrio

Incluye un prólogo de la autora



Elvira Lindo

El otro barrio

Prólogo de Elvira Lindo



Seix Barral

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Esta edición dispone de recursos pedagógicos en www.planetalector.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Elvira Lindo, 1998

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Chema Conesa, VEGAP Barcelona 2019

Primera edición en esta presentación en Colección Booket: mayo de 2019

Depósito legal: B. 6.766-2019

ISBN: 978-84-322-3518-4

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Uno

A Ramón Fortuna le tiene dicho su abogado que no hable del asunto con nadie que no sea él o la psicóloga o el asistente social que a diario da un golpecito en la puerta, asoma la cabeza, y pregunta, qué tal, Ramón, cómo lo llevas. Pero a Ramón Fortuna le sobran ya esos consejos, ha aprendido a medir sus palabras, a años luz está de aquel Ramón Fortuna al que Marcelo Román, su abogado, dijo: «Chico, tú eres un imbécil». Eso en su momento le violentó, la verdad, pero ahora, viéndolo todo tan claro, sintiendo como si alguien hubiera encendido por fin la luz en su mente, Ramón Fortuna piensa, es verdad, era un imbécil, ahora soy un tío con misterio, con una historia a mis espaldas y un pasado que ocultar, eso no lo puede decir cualquiera.

Ha pasado menos de un mes desde que conoció a Marcelo pero para Ramón han pasado muchos años, más correcto sería decir que ha vuelto a nacer. Nada que ver con aquel chico de la calle Payaso Fofó, huérfano muy temprano de un ferroviario, pero lo menos parecido a un huérfano de Dickens, rodeado de madres, la de verdad y las postizas, su hermana y las dos vecinas de abajo, las Eche —por Echevarría—. Todas amparando al que casi

no conoció a su padre, supliendo la falta, algodonándole. Hijo único, con una hermana quince años mayor que él, hijo único de unas vecinas sin hijos, de una madre viuda: hijo único por los cuatro costados. Dónde queda aquel Ramón Fortuna al que las madres planchaban el traje del Rayo para que fuera como un hincha impecable a ver a su equipo. Ramón les decía adiós desde la esquina a aquellas ocho manos maternas que asomaban por las ventanas del tercero y el cuarto, que hacían lo imposible porque creciera feliz, aunque era fácil porque la verdad es que tuvieron mucha suerte con él. ¿Qué chaval de hoy se acerca después del partido, vestido de hincha aún, a la pastelería a comprar dos bandejas de bartolillos para el postre de sus mujeres? Ese chaval sólo podía llamarse Ramón Fortuna, o Mamón, como le bromeaban sus amigos de verle tan atendido y tan atento. Y era verdad, Mamón, Mamón, así hubieran tenido que registrarle el día que nació. Mamón de ocho pechos para una infancia que, de no ser por lo que ocurrió, no se hubiera acabado nunca. Pero todo esto no quiere decir que él estuviera exactamente incómodo en esa inmensa cuna que le había regalado la vida, aunque ahora recuerda, cuando ya es otro Ramón, que alguna vez se sintió distinto al resto de sus amigos. Alguna vez como la de aquellos carnavales del año pasado, en los que enfundado en el perfecto disfraz de Eduardo Manostijeras que le habían confeccionado las Eche, y abrazado a Valentín y al gordo de Minnesota, tuvo la sensación de tocar por fin el futuro, la gloria, el centro de la Tierra. Lo sentía mientras avanzaba en aquella procesión humana y desmadrada que subía una Avenida de la Albufera sin tráfico. Todos del

mismo barrio, del mismo equipo y cantando a voces aquel himno a la solidaridad local:

*Somos del Puente Vallecas,
no nos metemos con nadie,
quien se meta con nosotros,
¡aiúpa!
Nos cagamos en su padre.*

El mundo era armónico para Ramón en aquel momento, hasta que en la esquina, su esquina, la del Payaso Fofó con la avenida, descubrió entre el público a las cuatro hembras de sus ojos, que le saludaban enternecidas, con esa sonrisa que se dedica a los niños cuando hacen una travesura perdonable. A Ramón se le heló la canción en los labios, pero venció la ligera incomodidad interior para saludarlas con su mano-tijera, y volvió a su verdadera naturaleza, la de huérfano de por vida, hijo póstumo, niño eterno, aunque a principios de año fuera a cumplir ya dieciséis años. Su descenso al lado salvaje de la vida había durado menos que un viaje en ascensor.

Nunca hubiera hablado con nadie de estas cosas de no ser porque ahora el nuevo Ramón tiene una sesión diaria con la psicóloga, otra con el asistente social, y las visitas de su madre, su hermana, y una de las Eche, porque la segunda Eche, la segunda Eche ya no está entre nosotros. Todos quieren saber dónde estuvo ese fallo terrible que fue alimentando en este pobre chico una personalidad asesina y vengativa, en qué momento aquella personalidad armoniosa se desdobló y fue criando en

el más absoluto de los secretos a otro Ramón que carecía de piedad alguna.

De tanto rebuscar en el pasado, Ramón ha descubierto lo que jamás creyó sentir, lo que nunca hubiera sospechado: que fue un niño infeliz, abrumado por la sobreprotección, castrado por falta de referentes masculinos y acomplexado por el tamaño de su pene (se ha acostumbrado a llamarlo así de tanto hablar con la psicóloga, no le parece lógico decir polla delante de ella).

—¿Hay algo en tu cuerpo que no te guste, Ramón?

—Bueno, como a todo el mundo. Es que no creo que tenga importancia para usted.

—Para mí todo lo que me cuentes tiene importancia.

—Quiero decir que no me parece normal contarle a nadie...

—Tampoco se puede decir que esta situación en la que nos encontramos sea muy normal, ¿no crees, Ramón?

No, no es normal, no es normal esta nueva vida en la que todo el mundo le pregunta aquello que él nunca se preguntó a sí mismo.

—Bueno, a lo mejor me gustaría tener ya algo de barba.

Claro, el caso es rebuscar. Se pone uno a rebuscar y encuentra todo aquello que cambiaría con tal de ser otro.

—También me gustaría ser más alto, tener el pelo menos rizado, mejor, liso del todo, no tener granos, ser rubio también me gustaría.

—¿Te hubiera gustado tener un pene más grande?

—¿Cómo?

—Un pene más grande.

—Tampoco es que lo tenga tan pequeño.

—Yo no he dicho que lo tengas pequeño, sólo pregunto si te gustaría tenerlo más grande.

—Bueno, un poco más grande no me importaría.

Qué pregunta. El cien por cien de los tíos de su clase le hubieran respondido lo mismo. Ramón no ha conocido a ninguna otra psicóloga, pero desde luego la suya sólo lleva las cosas a ese terreno.

—¿Te cuesta hablar de ello, Ramón?

—Un poco, la verdad.

—¿Nunca has hablado de esto con nadie?

—¿De mi po... pene? No, con nadie, con nadie, nunca. También será que no ha salido el tema.

—¿Te hubiera gustado que tu padre viviera, Ramón?

Tampoco sabe qué responder a eso. Su padre es una foto en el cuarto de la tele, el hombre sonriente vestido de maquinista, con un pie subido a las escalerillas de la máquina del tren y el otro en el aire, agarrado al asa de la puerta, con el mismo orgullo, la misma pose, del jinete que tiene al caballo sujeto por la brida, mandando sobre la máquina como sobre un ser vivo, orgulloso, pulcro, con esa belleza antigua que dan los uniformes en las fotos en blanco y negro. Una foto mil veces mirada de niño, ahora casi nunca, la foto del hombre que tuvo el infarto dos años después de que él naciera y que dejó a su madre suspirando por los pasillos. ¿Se puede echar de menos lo que nunca se ha conocido? Tal vez lo que le resultaba más incómodo era la sensación de dar pena, de dar pena a su madre, a las Eche, a su hermana, y ese silencio que seguía siempre a la palabra padre, y esa

urgencia que les entraba a todas de pronto por llenarlo. ¿Le gustaría que su padre viviera? Alguna vez había soñado con que él se presentaba, regresado de la muerte, y se quedaba mirándolo en silencio mientras Ramón dormía. Ramón dormía pero sabía que su padre le estaba mirando. Cosas de los sueños. Luego despertaba y el hombre vestido de maquinista, con la sonrisa del maquinista, le preguntaba:

—¿Sabes dónde está mi hijo?

—Yo soy tu hijo.

—Dios mío, cómo pasa el tiempo. ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¡Quince años, qué barbaridad! —decía el maquinista pasándose la mano por la frente.

El sueño casi siempre empezaba así. Al principio Ramón sentía cierta alegría, pero luego el sueño se iba echando a perder: el padre ya no tenía dónde dormir porque la cama de matrimonio se había vendido hace ya muchos años, Ramón no sabía cómo explicar a sus amigos de dónde había salido aquel hombre vestido de maquinista. Otro día soñó que lo llevaba a la Estación de Atocha para reincorporarse al trabajo.

—Papá, ¡el tren de alta velocidad!

Y el padre perdía la sonrisa, y decía angustiado: ¡Yo no sé llevar esto!

No encontraban la máquina de la foto. El padre regresado acababa siempre creando problemas: domésticos, laborales, familiares...

—¿Y por qué no quieres ser ferroviario como yo?

—No me gusta, quiero ser técnico en informática.

—¿Informática? Qué bobada, eso no tiene futuro.
Nunca debí faltar tanto tiempo de mi casa.

—Ramón, he visto a tu madre en la cocina, qué vieja que está, ya no me gusta.

—Es que por las mañanas se arregla poco.

—No me gusta, qué vieja que se ha vuelto.

—Pero, papá, es que tiene sesenta años.

—Nunca me han gustado las mujeres tan viejas.
Menos mal que estoy muerto, no me gustaría tener que acostarme con esa señora.

—Ramón, ¿tu hermana no tiene novio?

—Creo que tuvo uno hace tiempo, pero la dejó.

—No me extraña, cuando no está trabajando está metida en casa, como una vieja, como la vieja de tu madre.

—Ramón, tenía que haber vuelto mucho antes, cuando un muerto tarda en regresar más de diez años ya nadie quiere hacerle un sitio en esta vida. Me tengo que ir, si me quedo, no haría más que estorbaros.

—No digas eso, papá. Esta será siempre tu casa. Mira tu foto, nadie la ha quitado de encima de la tele, y en Navidades le ponemos una cinta de espumillón al marco.

—Las fotos no molestan. Ahí es donde estamos mejor los muertos: en las fotos.

Ramón abrió los ojos, recorría con la mirada el desorden de su cuarto iluminado por la luz de la farola que

se colaba entre las rendijas de la persiana, y pensaba que su padre tenía razón: no hay mejor refugio para los muertos que los marcos de las fotos. En la foto del salón, ahora a oscuras y en silencio, su padre seguía haciendo equilibrios sin perder la sonrisa. ¿Lo echaba de menos?

—No, no me gustaría que viviera. Se murió cuando yo tenía dos años, es como si no lo hubiera conocido nunca.

La psicóloga metía los apuntes en un compartimento de su carpeta. En el compartimento Ramón Fortuna. Los otros apartados estarían dedicados a otros tíos más locos que él, porque Ramón, a juicio del propio Ramón, no estaba loco. Los primeros días se preguntaba por qué la psicóloga decidía dejar la conversación en un punto y no en otro. Luego cayó en la cuenta de que sólo era una cuestión de tiempo, estaba con él una hora, ni más ni menos. Encontró ese detalle un poco frío, ninguna persona deja a otra colgada en el momento en que se está hablando de la muerte de su padre. Sobre todo allí, en el centro de menores, donde las miradas de curiosidad de sus compañeros le hacían sentirse terriblemente solo, así que pasaba el resto de la tarde dejando que esas conversaciones interrumpidas le invadieran por completo el pensamiento, provocándole una angustia tremenda en el estómago que no le dejaba dormir hasta las dos o las tres de la madrugada.